

“ EL TRUENO DEL SILENCIO ”

Mensaje para *el Domingo de Ramos*

Del pastor Norman Staker

29 de marzo de 2026

MATEO 21: 1-11 * ISAÍAS 50: 4-9A

FILIPENSES 2: 5-11 * MATEO 27: 1-54

**GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ DE DIOS NUESTRO PADRE Y DE
NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO. AMÉN.**

**Hosanna, bendito el que viene en el nombre
del Señor. ¡Hosanna! ¡HA RESUCITADO!
¡¡HA RESUCITADO DE VERDAD!!**

Un niño pequeño se enfermó el Domingo de Ramos y se quedó en casa con su madre. Su padre regresó de la iglesia con una rama de palma.



El niño pequeño, curioso, preguntó: "¿Por qué tienes esa rama de palma, papá?"

"Verán, cuando Jesús llegó a la ciudad, todos ondearon ramas de palma para honrarlo, así que hoy también tenemos ramas de palma."

El niño pequeño respondió: "¡Ay, caramba! ¡El único domingo que me pierdo es el domingo en que aparece Jesús!"

El lugar bullía de actividad; todos estaban llenos de entusiasmo. Así se sentía el Domingo de Ramos cuando Jesús montó en un burro y entró en la ciudad. La gente buscaba un líder que los guiara a la victoria sobre sus opresores.

Por fin Dios estaba haciendo algo nuevo y diferente. Este Jesús había estado realizando milagro tras milagro. Las curaciones, la alimentación, las enseñanzas, la expulsión de demonios y la resurrección de los muertos fueron acontecimientos increíbles. Jesús y sus discípulos fueron el mejor grupo que había llegado a Jerusalén en mucho tiempo.

Toda la ciudad había salido a ver a Jesús entrar en Jerusalén. Extendían palmas en el suelo para darle una bienvenida triunfal a su llegada. Algunos se quitaban los mantos y las túnicas, dejándolos en el camino con la esperanza de que el asno de Jesús los pisara al pasar. ¡Menudo recuerdo!

La gente gritaba: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!». Seguramente todos habrían estado ansiosos por subirse al burro con Jesús. Habrían intercambiado su lugar con gusto. Todos sabían que era un equipo ganador. ¿Quién no querría identificarse con un ganador? ¿Quién no querría decir que estaba con Jesús?

Imaginen las bulliciosas calles de Jerusalén, llenas de emoción, cuando Jesús hizo su entrada triunfal aquel fatídico Domingo de Ramos, montado humildemente en un burro, mientras multitudes agitaban ramas de palma y extendían sus mantos ante Él, sus voces resonando con gritos jubilosos de "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!". Sin embargo, en un asombroso giro de la inconstancia humana, para el viernes esas mismas voces se habían transformado en un coro venenoso que exigía: "¡Crucifícalo!", un crudo recordatorio del rápido y doloroso agujón de la traición.

Era la persona más popular de la ciudad. Cualquiera habría querido estar en su lugar el Domingo de Ramos. Pero todo pareció salirle mal a Jesús esa semana, al igual que le salió mal al equipo en el campo.

Jesús fue traicionado por uno de sus discípulos más cercanos. Judas, el tesorero del grupo, lo delató por treinta monedas de plata. Para colmo, intentó traicionarlo con un beso. Como era de noche y los soldados no sabían quién era Jesús, Judas dijo: «Ya verán, al que yo bese, a ese lo arrestarán».

Antes de ser arrestado, Jesús llevó a los demás discípulos al Huerto de Getsemaní, donde les pidió que oraran con él. Pero en lugar de orar, todos se durmieron. Jesús sabía que el dolor y la agonía de la cruz se acercaban con la salida del sol, por lo que su alma se sintió abrumada y afligida hasta la muerte. Al darse cuenta de que sería separado del Padre para pagar por nuestros pecados, grandes gotas de sangre cayeron de la frente de Jesús mientras oraba.

Cuando lo arrestaron, vio a todos los discípulos huir en la oscuridad para que no los capturaran también. Lo llevaron ante las autoridades religiosas en un juicio simulado. Los testigos que llamaron para declarar en su contra se contradecían entre sí, pero su testimonio fue aceptado. Algo sobre ese juramento de decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, que Dios te ayude; no, no puedo decir esa palabra "Dios". ¡Entonces no puedes soportar la verdad!

Permaneció allí en silencio durante el juicio. Pero en ese mismo instante, su discípulo más fiel, Pedro, intentaba distanciarse de Jesús. Cuando Pedro, enfurecido, declaró por tercera vez que no conocía a Jesús, este se giró y lo miró fijamente. Pedro solo pudo marcharse llorando, pues le había prometido: «Pase lo que pase, puedes contar conmigo». Jesús se quedó solo.

Tuvo tres juicios en una sola noche. Le escupieron, le abofetearon, le insultaron y le tiraron de la barba, pero él no dijo nada. Lo azotaron con un látigo, le pusieron una corona de espinas en la cabeza y lo ridiculizaron llamándolo rey, mientras los soldados se reían de él.

Se vio obligado a cargar su cruz hasta que ya no pudo más, hasta el lugar donde fue crucificado. Prácticamente nadie estaba dispuesto a intercambiar su lugar con Jesús en ese momento. Todo esto ha sucedido y apenas estamos al final del tercer trimestre.

Le clavaron los clavos en las manos y en los pies, y lo alzaron a la cruz. Fue crucificado junto a otros dos criminales. El dolor físico era terrible. Los insultos continuaban. Lo desafiaron a demostrar su valía al mundo realizando otro milagro. La angustia mental se intensificó, pero Jesús sabía que lo peor aún estaba por llegar.

Quizás te preguntes qué podría ser peor que recibir treinta y nueve latigazos de un látigo romano con ganchos y huesos que te desgarraran la piel de la espalda. ¿Qué podría ser peor que, además, te colocaran una corona de espinas en la cabeza y tuvieras que cargar una pesada cruz cuesta arriba?

¿Qué podría ser peor que saber que al llegar a tu destino te clavarán clavos en las manos y los pies? Saber que el peso de tu cuerpo te causará aún más dolor al ser izado con cuerdas. Y luego saber que estarás colgado desde las 9 de la mañana hasta mucho después de las 3 de la tarde, sufriendo una hemorragia y luchando por no asfixiarte.

Supongamos por un momento que usted es juez en el juicio de una persona acusada de brutalizar y asesinar a un padre, una madre y sus tres hijos. El jurado emite un veredicto de

culpabilidad. Usted condena a la persona a la pena de muerte. Usted va a presenciar la ejecución.

En el momento de la ejecución, te das cuenta de que la persona a la que condenaste no es la misma que está a punto de ser ejecutada por el crimen. De alguna manera, ha habido un cambio en la persona. ¿Qué deberías hacer al respecto?

Una de las cosas más difíciles de aceptar es la declaración de Dios contra la humanidad. Dios dice: «Ni uno solo de ustedes es bueno a mis ojos. Todos ustedes se han rebelado contra mí. Todos ustedes han obrado mal. Todos ustedes tienen corazones perversos y malvados que tramán el mal. El castigo por su maldad, por su pecado, es la muerte y la separación eterna de mí».

Esto nos lleva a cuatro opciones: 1) Podemos decir: «No creo que Dios tenga razón. Creo que soy una buena persona». 2) Podemos decir: «Dios tiene razón, pero el bien que hago supera al mal que hago, así que estoy bien». 3) Podemos decir: «Dios tiene razón, pero Dios es amor, así que no tengo que preocuparme por mi pecado». 4) Podemos decir: «Dios tiene razón y no hay nada que pueda hacer para salvarme de mi pecado». ¿Cuál de las cuatro opciones crees sinceramente sobre ti mismo?

Las Escrituras nos enseñan que la pena por nuestro pecado es la muerte. No solo la muerte física, sino la separación espiritual de Dios por toda la eternidad. Las Escrituras también enseñan que la única manera de eliminar el pecado es mediante el derramamiento de sangre pura, libre de pecado. La única sangre pura fue la de Jesucristo. Jesús no solo era una buena persona, sino el Hijo de Dios. Él es el único cuya sangre es inmaculada.

Cada uno de nosotros merece morir en la cruz. Sé que no nos consideramos tan malos. Dios dice que sí. Merecemos los azotes, los golpes, el veredicto de culpabilidad y la clavadura. Todos podríamos tener el título de «Rey de mi mundo» colgado sobre nosotros en la cruz.

Esta es la buena noticia del evangelio: después de que fuimos declarados culpables, Jesús se interpuso y tomó nuestro lugar. Sufrió los azotes y los clavos para que nosotros no tuviéramos que sufrirlos. Murió en la cruz en nuestro lugar para que nuestras vidas pudieran ser diferentes.

Cuando el Padre miró a Jesús en la cruz, donde deberíamos haber estado nosotros, reconoció que era Jesús y no nosotros. El Padre, como Juez justo, podría haber dicho: «Deténganse, están crucificando a la persona equivocada. Déjenla ir».

Pero Jesús, en su infinito amor y sabiduría, le gritó al Padre: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Jesús nos dice: «Adelante, que el proceso continúe. Permítanme pagar la pena por su pecado. Me ofrezco voluntariamente a ocupar su lugar y saldar la deuda que tienen».

Amigos, nuestros pecados eran tan oscuros y tan impuros que, cuando Jesús comenzó a cargar con sus pecados sobre nosotros, el mundo empezó a oscurecerse. Desde el mediodía hasta las tres de la tarde, la oscuridad cubrió toda la tierra mientras Jesús pendía de la cruz en nuestro lugar.

Fue al final del período de oscuridad cuando Jesús sufrió el mayor dolor y sufrimiento de todos, colgado en la cruz. El pecado exige que nos separemos de la presencia de Dios, o seremos consumidos por su fuego y juicio.

Cuando nuestro pecado recayó completamente sobre Jesús, Dios Padre ya no pudo estar en comunión con su Hijo. Jesús

sintió la separación de inmediato y clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Por eso, amigos, no podemos salvarnos a nosotros mismos. Nuestro pecado nos impide invocar a Dios ante el tribunal una vez que hemos sido declarados culpables. Pero con Jesús fue muy diferente.

El hecho de que Jesús tomara sobre sí nuestros pecados no cambió el hecho de que seguía siendo el Hijo de Dios. Como Hijo de Dios, pudo apartar nuestros pecados tan lejos como está el oriente del occidente.

Allí en la cruz, Jesús hizo lo necesario para cumplir la promesa de Dios que se encuentra en Salmos 103:10-13, que dice que no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras iniquidades. Porque tan alto como están los cielos sobre la tierra, así de grande es su amor por los que le temen; tan lejos como está el oriente del occidente, así de lejos ha alejado de nosotros nuestras transgresiones. Como un padre se compadece de sus hijos, así se compadece Jehová de los que le temen;

Por eso Jesús pudo declarar con valentía en la cruz, en nombre de todos los que confían en él, de todos los que temen al Señor: «Consumado es. En tus manos encomiendo mi espíritu». Jesús no murió avergonzado. Murió proclamando triunfalmente que había cumplido la misión que Dios le había encomendado.

Su muerte pagó el precio de nuestros pecados. Somos declarados justos porque, cuando Dios nos mira, nos ve cubiertos por su Hijo Jesús. No sé cuáles son tus pecados ni cuán grandes pueden ser, pero sí sé que no tiene sentido que intentes pagar una deuda que ya ha sido saldada.

Jesús hizo más que morir por ti en la cruz; murió en tu lugar. Si no comprendes esta verdad, no verás la necesidad de Jesús en tu vida.

Jesús murió para prepararnos a todos para vivir en el reino que él comenzó a establecer al entrar en Jerusalén el Domingo de Ramos. Tenían razón cuando proclamaron: «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!». Vivir en el reino de Jesús significa hacer las cosas como él quiere, para que el Espíritu Santo pueda morar en nosotros.

A Jesús no le interesa que simplemente lo animemos como si fuera un equipo que entra al campo. Jesús requiere que participemos como sus jugadores, ejecutando las jugadas que Él nos indica para nuestras vidas. El llamado a seguir a Cristo implica dejar atrás a los aficionados en el estadio y comprometernos con el trabajo que implica formar parte del equipo.

¡¡AMÉN!!

